



mentándose el eternal acervo poético de la especie, manifestado hasta en las duras encrucijadas o peripecias del vivir. Porque es harto sabido que menguados de aquellos pueblos o individuos para quienes la Poesía no cuenta.

Demás está afirmar que ningún otro país ofrece como España caudal tan considerable de bellas leyendas y tradiciones, fundamento de rigurosa disciplina historiográfica y espléndida plasmación artística. La diversidad característica del suelo y lo complejo de la formación étnica—que tienen exponentes específicos en idiosincrasia y *ethos*—explican ese que es uno de tantos privilegios cardinales de la estirpe, según vemos a través de grandes creaciones que, aunque son tan numerosas, no alcanzan a reflejar la totalidad de esas bellísimas leyendas perviventes.

Vamos a referirnos a una que no ha sido llevada a la novela ni al teatro, empero ofrezca asunto y marco evocativo de época y ambiente tan en verdad cautivadores, dignos de ser emparejados a los inmortalizados en algunas de las más célebres presesas literarias, cuyos nombres acuden prontamente al recuerdo. Es la denominada *La Cruz de los Casados*, de Ciudad Real, la capital de la provincia más manchega, donde perdura tan rico venero pintoresco y emocional al respecto; leyenda que complementa y la poetiza hechos reales acaecidos en el pasado prósper de aquella tierra, escenario prolongado de la alternante lucha entre la Cruz y la Media Luna y, después, entre la Realeza y el Feudalismo.

Fundada la ciudad por Alfonso el Sabio con el nombre de Villa Real, conservado hasta el reinado de Juan II junto a los dominios de la prepotente Orden de Calatrava, que tenía su sede en el *Sacro Convento*, pronto se manifestó la rivalidad entre ambas, que si emanó de interferencia de intereses, fácilmente soslayable, vióse peraltada por la desmedida ambición de los Maestres. Al comenzar el siglo XIV era harto ostensible la fricción entre Villarealenses y calatravos, con frecuentes refriegas, depredaciones y saqueos recíprocos, que, salvo los paréntesis correspondientes al tiempo de los Maestres más templados, se prolongaría hasta la época de los Reyes Católicos. No es extraño, pues, que se llegase a librar toda una batalla campal, como la llamada de *Malas Tardes*, junto a Miguelturra, en la que los de la Orden fueron vencidos. El perspicuo cronista Ramírez de Arellano narra cómo entonces, hacia 1340, siendo Maestro D. Garci López de Padilla, uno de sus adeptos, Alvar Gómez, acaudalado vecino de dicho pueblo, al regresar a sus lares encontró asesinado a su padre, deshonradas a sus hermanas y su casa saqueada, por lo que decidió vengarse del presunto autor de tal felonía, que no podía ser otro que el jefe de sus enemigos, Remondo Núñez, de Villa Real.

Casado ha poco Alvar Gómez y padre de varios hijos, hizo del odio a Re-